

## Desafíos de Altura

Probablemente recordarás lo que ocurre en el escenario del Israel Antiguo, del inicio de la monarquía. Dios rechaza a Saúl y escoge a David. Y ante esta nueva escena que tenía lugar en los tiempos bíblicos, encontramos un episodio muy especial, y muy conocido incluso por aquellos niños que han escuchado historias bíblicas, esta marcó la historia de Israel. Ellos tenían una dificultad especial con los filisteos eran, podríamos decir, el gran problema militar para Israel. Y en este panorama tan difícil, el texto de la Reina Valera Contemporánea nos trae la información concreta sobre lo que estaba teniendo lugar. El texto nos dice lo siguiente, a partir del versículo 4, “De las filas del ejército filisteo salió un guerrero llamado Goliat, que era de Gat, el cual medía unos tres metros de altura. Llevaba puesto un casco de bronce, y una cota de malla, también de bronce, que pesaba cincuenta y cinco kilos.”

Imagínate a ti ante un hombre de tal envergadura, más grande que cualquier jugador de baloncesto, que hayas conocido. “Unas placas de bronce le protegían las piernas” dice también que “llevaba al hombro una jabalina del mismo metal. El asta de su lanza era gruesa como un rodillo de telar, y la punta era de hierro y pesaba unos seis kilos.” Y ante esa visión aterradora de ese terrible guerrero, encontramos –por si no fuera suficiente- estas palabras del texto sagrado resonando de modo atronador a nuestros oídos: “¿Para qué se forman en orden de batalla? Yo soy un guerrero filisteo, y ustedes están al servicio de Saúl. escojan a uno de sus guerreros, para que venga y luche contra mí. Si en la pelea él me vence, nosotros nos pondremos a su servicio; pero si yo lo venzo, entonces ustedes serán nuestros esclavos.”

Dijo además el filisteo... “«En este día, yo desafío al ejército israelita. Que venga uno de sus guerreros y pelee contra mí.» Cuando Saúl y el ejército de Israel oyeron el reto del filisteo, se quedaron atónitos y se llenaron de miedo.” Imagínate lo que tenemos aquí ante nosotros en este escenario de batalla, de guerra entre Israel y los filisteos. Un hombre, un guerrero fuerte muy bien armado de altura gigantesca desafía al pueblo de Israel y dice: ‘eh, aquí quien manda soy yo, ¿no se han dado cuenta?’ ¡Qué situación terrible! Nadie se presentaba para enfrentar al gigante filisteo.

Y el texto continúa, mostrándonos en las Escrituras lo que tiene lugar justo después de aquel paralizante episodio. Aparece David en escena. Se nos dice que era hijo de Isaí, en la versión Reina Valera Contemporánea se le menciona como Yesé, un efraíta, de Belén de Judá, quien “tenía ocho hijos, y cuando Saúl era rey, él ya era de los más ancianos del pueblo. Sus tres hijos mayores eran parte del ejército de Saúl y habían salido a luchar contra los filisteos. Se llamaban Eliab, el primogénito, Abinadab y Samá, y siguieron a Saúl, pero como David era el menor, 15 iba y volvía del campamento de Saúl a Belén, porque tenía que cuidar las ovejas de su padre.” Y tras esta información, el texto dice lo siguiente: “Durante cuarenta días seguidos, y a mañana y tarde, el filisteo Goliat estuvo desafiando a los israelitas.”

Los desafiaba constantemente. Entonces un día David recibió la orden de su padre para llevar algunos quesos al comandante de la unidad donde estaban sus hermanos, y el texto nos informa que “David se levantó muy temprano, dejó las

ovejas al cuidado de otro, y fue a cumplir con el encargo de su padre Yesé. Llegó al campamento cuando el ejército salía en orden de batalla, lanzando gritos de combate, y pudo ver cómo ambos ejércitos se formaban, uno frente al otro, para entrar en batalla. Entonces David dejó el encargo en manos del que cuidaba las provisiones, y corrió a donde estaba el ejército para saber si sus hermanos estaban bien. Pero mientras hablaba con ellos, oyó que Goliat, el guerrero filisteo, se puso en medio de los dos campamentos y lanzó el mismo desafío de los días anteriores.”

Todos se quedaron muertos de miedo. Todos huyeron aterrados, los israelitas sabían que nadie tenía posibilidades de vencer, humanamente hablando. Pero comenzó a correrse el comentario de que Saúl daría su hija en matrimonio al que enfrentara al gigante filisteo y quedaría exonerado de todo impuesto, él y toda su familia.

Y entonces David se enteró de ello. Justo después, su hermano lo encontró y lo vio hablando con los soldados, por lo que se mostró indignado y lo reprendió. Y entonces, ante tal situación, fíjate bien: David, lleno de coraje se aproxima a Saúl y le dice lo siguiente en el versículo 32. “«Que no se desanime nadie por causa de ese filisteo; este siervo tuyo irá a pelear contra él.»”

Saúl entonces desaconseja a David y dice: “«No creo que puedas pelear contra él, pues todavía eres muy joven y él ha sido un guerrero desde su juventud.»” Así que, David presenta su currículum y le dice: mira, “«Sí, yo soy el pastor de las ovejas de mi padre, pero cuando un león o un oso viene a llevarse algún cordero del rebaño, yo salgo tras el león o el oso, y lo hiego y lo libro de sus fauces. Si el animal me ataca, con mis manos lo agarro por las quijadas, y lo hiego hasta matarlo. No importa si es un león o un oso, tu siervo los mata. Y este filisteo incircunciso es para mí como uno de esos animales, porque ha provocado al ejército del Dios vivo.»” Todavía añadió David: «El Señor me ha librado de las garras de leones y de osos, y también me librará de este filisteo.»”

Ante esto, Saúl aceptó el desafío de David. De inmediato intentaron ponerle una la armadura de guerrero, pero vio que aquello no le funcionaba. Dice que David “... desechó esos arreos militares, y tomando su bastón de pastor escogió del arroyo cinco piedras lisas y las puso en su morral; luego, tomó su honda y fue al encuentro del filisteo, que también se encaminó hacia David, precedido de su escudero. Y cuando el filisteo vio a David, lo miró con desprecio, pues éste era un jovencito rubio y bien parecido. Entonces el filisteo le gritó a David: «¿Soy acaso un perro, para que vengas a darme de palos?» Y maldijo a David en nombre de sus dioses, 44 y lo amenazó: «Ven acá, que contigo voy a alimentar a las aves de rapiña y a los animales salvajes.»” Y ante tal desafío, David dice la verdad teológica más importante de este combate: “Tú vienes contra mí armado de espada, lanza y jabalina; pero yo vengo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado.”

Probablemente conoces bien lo que ocurrió después, el texto bíblico narra que: ante esa circunstancia, David, con mucho valor, “Y cuando el poderoso filisteo se encaminó para encontrarse con David, éste rápidamente se colocó en línea de combate frente al filisteo, metió su mano en el morral y, sacando una piedra, la

colocó en su honda y la arrojó con fuerza al filisteo. La piedra se incrustó en la frente de Goliat, y éste cayó con la cara al suelo. Así fue como David venció al filisteo: con una honda y una piedra. Lo hirió de muerte sin necesidad de usar la espada. Luego corrió y desenvainó la espada del filisteo, y se subió sobre él para rematarlo, y finalmente le cortó la cabeza. Y cuando el ejército de los filisteos vio que su gran guerrero estaba muerto, se dio a la fuga. Los del ejército israelita y los de Judá lanzaron fuertes alaridos y se fueron por todo el valle, en persecución de los filisteos, y los siguieron hasta las puertas de Ecrón. Por todo el camino que va a Sagarayin, Gat y Ecrón, los filisteos quedaron tendidos y heridos de muerte.”

Así fue como David, con su coraje y su confianza en Dios, consiguió vencer la batalla más impresionante de la historia bélica del Antiguo Testamento, un auténtico desafío de altura frente al gigante, venciendo a pesar del tamaño del poderoso Goliat, que confiaba en sus dioses falsos, en su poder, y que, con ello, en realidad no podía desafiar al ejército del pueblo de David.

Vemos que David consiguió la gran victoria y mostró que sus cualidades personales, psicológicas y espirituales, así como su entrenamiento, ya surtían su efecto en su propia vida. Veremos que esto va en dirección contraria a lo que alguien pudiera imaginar, pues la apariencia, el poder, aquello que atrae a los ojos humanos no es decisivo para las batallas de la vida. David priorizó su relación con Dios; David priorizó la importancia que le daba a su propio trabajo; David priorizó aquello que valía la pena. Su experiencia de vida, su coraje y su confianza en Dios le dieron la victoria. Él demostró que, de hecho, quien le había dado la victoria había sido el mismo Dios que le había escogido. Aunque a simple vista pareciera que no fuera posible esperar demasiado de aquel joven que aparentemente no mostraba demasiado, David demostró con claridad lo que de hecho importa: confiar en Dios. Y es que, en realidad, no hay desafío demasiado alto para el Dios altísimo.